Zangwill

Israel Zangwill

Rosa del gueto



IN OCTAVO
2026

Este libro se publica y ofrece gratuitamente a los suscriptores de *In Octavo*, con el único propósito de su puesta a disposición, en el mismo sentido en que lo haría una biblioteca pública. Esto no significa en modo alguno que su contenido haya sido librado al dominio público. Los propietarios de los derechos pertinentes están debidamente consignados. Cualquier uso alternativo, comercial o no, que se haga de esta versión digital o se derive de ella es absolutamente ilegal.

In Octavo

inoctavo.com.ar

Israel Zangwill

Rosa del gueto



IN OCTAVO
2026

Noticia

Hay una clase de humor rápido, instantáneo, que produce su impacto al liberar la tensión creada por una situación ajena a la lógica, a lo habitual, a lo esperable; hay otra clase, más lenta en sus efectos, que consiste en presentar lo habitual bajo una mirada no habitual. Como esas luces especiales que revelan lo que pasa desapercibido en condiciones normales, esta clase de humor pone en evidencia de manera implacable rasgos peculiares, defectos, manías, rarezas que en el vértigo de la vida cotidiana a veces nos pasan desapercibidas. Este humor no arranca la carcajada sino la sonrisa, y no enciende la burla sino que activa el reconocimiento, la comprensión y la piedad. Sus cultores privilegiados son los italianos desde la farsa atelana y los judíos desde la Torá.

Este humor afectuoso y una fina penetración psicológica son las herramientas empleadas por Israel Zangwill (1864-1926) para exponer, en innumerables cuentos, novelas y obras de teatro, la vida de la judería londinense en la transición del siglo XIX al XX. En "Rosa del gueto"*, que integra la colección de cuentos* El rey de los mendigos *(1893), la mirada a la vez satírica y comprensiva de este escritor, que muestra sin abrir juicio, pone de relieve el papel ordenador que el dinero y el matriarcado jugaban en esa comunidad. La popularidad de sus relatos, que él describía a grandes trazos como* tragedias y comedias del gueto,

hizo que se le llamara "el Dickens judío", y al igual que éste, supo hacer llegar su fama al otro lado del Atlántico. Su obra teatral El crisol de razas *(1908), en la que abogaba por la fusión de credos y culturas, obtuvo un éxito resonante en los Estados Unidos, y el reconocimiento personal del presidente Theodore Roosevelt.*

Zangwill fue también un activo militante sionista que acompañó inicialmente a Theodor Herzl en el proyecto de crear un estado judío en Palestina, pero mudó de opinión en cuanto se enteró de que la región no era "una tierra sin pueblo para un pueblo sin tierra", como se decía por entonces, sino un lugar densamente habitado por árabes. "Palestina propiamente dicha ya tiene sus habitantes —declaró en Nueva York en 1904—. El pashalato de Jerusalén ya tiene el doble de [densidad de] población que los Estados Unidos". Años más tarde calcularía en 600.000 el número de árabes en la región. Convencido de que establecer allí un estado judío sólo iba a ser fuente de conflictos imposibles de resolver organizó un movimiento territorialista *orientado a buscar cualquier otro lugar para ese fin. Su popularidad como escritor no se tradujo en apoyos políticos, y entonces volcó sus energías a otros asuntos, como los derechos de las mujeres.*

El editor

Rosa del gueto

UN DÍA Leibel se dio cuenta de que ya era tiempo de casarse, y sin más dilación fue a ver a Sugarman, el *shadchan*. *

—Tengo precisamente lo que te conviene —dijo el gran casamentero.

—¿Es bonita? —preguntó Leibel.

—Su padre es dueño de un gran almacén de botas y zapatos —respondió Sugarman con entusiasmo.

—Entonces, le asignará una buena dote —observó Leibel con avidez.

—¡Por supuesto que habrá dote! ¡Tratándose de un buen muchacho como tú!

—¿De cuánto crees que será?

—No sé. El almacén no es muy grande; pero podrás comprar en él tu calzado a precio de fábrica, y el de tu esposa, tal vez, sólo por el valor del cuero.

—¿Cuándo podré verla?

* Organizador de casamientos, en hebreo.

—Organizaré una visita para el próximo sábado por la tarde.

—¿No me cobrarás más de un soberano, verdad?

—Ni un *groschen* * más. ¡Es una joven tan piadosa! Tengo la seguridad de que te hará feliz. Ha sido muy bien educada al uso nuestro. Más, naturalmente, el cinco por ciento de la dote...

—¡Mmm! ¡Bueno, está bien!

"Quizás ni siquiera tenga dote", pensó Leibel, en la consoladora esperanza de haber sido más listo que el *shadchan*.

* * *

El sábado, Leibel fue a visitar a la damisela, y el domingo fue a buscar a Sugarman, el casamentero.

—¡Pero esa chica es bizca! —exclamó indignado.

—¡Excelente cosa! —respondió Sugarman—. Una esposa bizca nunca podrá mirar a su marido directamente a los ojos y abrumarlo. ¿Quién se sentiría intimidado ante una mujer con los ojos desviados?

—Lo de los ojos, vaya y pase —continuó Leibel, no demasiado convencido—. Pero es que, además, tartamudea.

—¿Hay algo mejor que una esposa tartamuda, en caso de discusión? La dificultad que tiene para hablar la mantendrá mucho más callada que a la ma-

* Centavo, moneda de poco valor, en alemán.

yoría de las esposas. Asegúrate de casarte con ella mientras tengas la oportunidad.

—¡Pero cojea de la pierna izquierda! —se exasperó Leibel.

—*Gott in Himmel!* * ¿Es que no comprendes la ventaja de tener una esposa que no pueda seguirte a todas partes?

Leibel perdió completamente la paciencia.

—Y para completarla…, ¡la chica es jorobada! —vociferó enardecido.

—Mi querido Leibel —respondió el casamentero, encogiéndose de hombros con gesto de disculpa y extendiendo las palmas de las manos—, ¡no se puede pretender la perfección!

Leibel persistió, no obstante, en su poco razonable actitud. Acusó a Sugarman de hacerle perder el tiempo y de tomarlo por tonto.

—¡Tomarte por tonto! —exclamó el *shadchan,* indignado—. ¡Tomarte por tonto, cuando te ofrezco la oportunidad de casarte con la hija de un fabricante de botas y de zapatos! Tonto serías si la rechazas... Me atrevería a decir que su dote bastaría para que te establecieras por tu cuenta como maestro sastre. Ahora mismo te ves obligado a matarte trabajando como oficial cortador por treinta chelines a la semana. Eso no es justo. Si tuvieras unas cuantas máquinas, podrías contratar a tus propios cortadores. ¡Y hoy en día se consiguen a muy buen precio!

* *¡Dios del cielo!,* en alemán,

Aquello hizo reflexionar a Leibel, quien se marchó sin dar por terminadas las negociaciones.

* * *

Pasó toda la semana sumido en la incertidumbre; su trabajo se volvió errático, sus marcas con la tiza carecían de la firmeza habitual y no siempre cortaba la tela con la precisión necesaria. Sus despistes se hicieron tan evidentes que la bonita Rosa Green —hija mayor del dueño del taller, quien manejaba una de las máquinas en la misma sala— adivinó, con esa intuición propia de las mujeres, que él estaba enamorado.

—¿Qué te pasa? —le preguntó en un yidish desafiante, mientras almorzaban pan, queso y cerveza, en medio del estrépito de las máquinas, cuyos operarios aún no habían terminado su jornada.

—Me proponen un casamiento —respondió con aire taciturno.

—¡Un casamiento! ¿A ti? —se asombró Rosa. Llevaban años trabajando codo con codo, y tanta cercanía había dado espacio al tuteo.

Leibel asintió con la cabeza mientras se metía un bocado de queso holandés en la boca.

—¿Con quién? — preguntó Rosa.

Él sintió, no supo bien por qué, una punzada de vergüenza. Murmuró la respuesta contra la boca del porrón de cerveza, que llevó a sus labios sedientos.

—Con Lía Volcovitch.

—¿Lía Volcovitch? —exclamó Rosa, boquiabierta—. ¿Lía, la hija del fabricante de zapatos?

Sin saber por qué, Leibel bajó la cabeza y no se atrevió a sostenerle la mirada. Su postura cabizbaja decía: «Sí». Hubo un largo silencio.

—¿Y por qué no te casas con ella? — preguntó Rosa. No fue una simple pregunta. Había desdén en ella, y tal vez incluso algo de despecho.

Leibel no respondió. Se impuso nuevamente un incómodo silencio, que se prolongó durante un buen rato. Por fin, Rosa lo rompió.

—¿Acaso te gusto más yo?——preguntó.

A Leibel le pareció ver una bola de fuego en el aire; la bola estalló, y sintió que una corriente eléctrica le atravesaba el corazón. La sacudida le hizo levantar la cabeza de un tirón, de modo que sus ojos se encontraron con un rostro cuya belleza y ternura se le revelaban por primera vez. El semblante de su vieja conocida había desaparecido; ante él se mostraba una cara seductora, coqueta y sonriente, que sugería cosas inimaginables.

—*Nu*…*, sí —respondió sin vacilación perceptible.

—*Nu*…, bien —aprobó ella con la misma rapidez.

Y, en el éxtasis de aquel momento de entendimiento mutuo, Leibel olvidó preguntarse por qué nunca antes había pensado en Rosa. Más tarde recordó que ella siempre había estado por encima de él en la escala social.

* *Pues*, en yidish.

La situación era demasiado arrebatadora como para poder ser explicada a terceros. Leibel le ofreció cariñosamente el porrón de cerveza a Rosa, que sorbió con un aire encantador, como si estuvieran sellando un compromiso que sólo ellos dos comprendían. Cuando Leibel bebió el resto, el líquido lo embriagó. Los restos de pan y queso se convirtieron en la ambrosía que acompañaba a aquel néctar. No se atrevieron a besarse; lo repentino de la situación los había cohibido, y el chasquido de los labios habría sonado como un cañonazo que anunciara su compromiso. Había una dulzura más sutil en la sensación de compartir un secreto, sumado a que ninguno de los dos deseaba dar la noticia al maestro sastre, un hombrecillo mayor y de carácter severo.

Aquella tarde, las marcas de tiza de Leibel siguieron siendo imprecisas, lo que demuestra la perspicacia de Rosa al relacionarlas con el amor.

Antes de marcharse aquella noche, Rosa le preguntó:

—¿Estás seguro de que no prefieres a Lía Volcovitch?

—¡Ni por todas las botas y zapatos del mundo! —protestó Leibel con vehemencia.

—Y yo —respondió Rosa—, preferiría andar sin los míos antes que estar sin ti.

El rellano frente al taller estaba tan mal iluminado que sus labios se encontraron en la oscuridad.

—No, no, todavía no —dijo Rosa—. Todavía estás cortejando a Lía Volcovitch. Quién sabe si Sugarman, el *shadchan*, no te enredó de tal modo que ya no haya vuelta atrás.

—No es así —aseguró Leibel—. Solo he visto a la chica una vez.

—Sí. Pero Sugarman ha visto a su padre varias veces —insistió Rosa—. Dado lo poco agraciada que es la muchacha, su comisión deber ser cuantiosa. Debes ir a ver a Sugarman esta misma noche y decirle que no te sientes capaz de seguir adelante con el compromiso.

—Bésame e iré —suplicó Leibel.

—Ve y te besaré —respondió Rosa con determinación.

—¿Y cuándo se lo diremos a tu padre? —preguntó él, apretándole la mano, ya que no podía besar sus labios.

—En cuanto te hayas librado de Lía.

—Pero ¿consentirá?

—No le hará ninguna gracia —dijo Rosa con franqueza—. Pero, tras la muerte de mi madre –que en paz descanse–, el mando de la casa pasó de sus manos a las mías.

—Ah, entonces está todo bien —dijo Leibel.

Era un hombre de ideas superficiales.

* * *

Leibel encontró a Sugarman cenando. El gran *shadchan* le ofreció una silla, pero nada más. Para él, la hospitalidad estaba reservada exclusivamente a ocasiones especiales y se reducía a servir limonada y monos rellenos. *

Se llevó tal disgusto —casi hasta el punto de provocarle una indigestión— cuando se enteró de la decisión definitiva de Leibel, que comenzó a bombardearlo con preguntas cargadas de reproche.

—¿Quieres decir que vas a renunciar a un fabricante de calzado sólo porque su hija tiene los hombros un poco arqueados? —exclamó, incrédulo.

—No es que tenga los hombros un poco arqueados..., ¡es que es jorobada! — exclamó Leibel.

—Admitámoslo… ¡Pero piensa en lo mucho mejor que estarás cuando tengas tus propias máquinas! No dejamos de usar camellos para transportar nuestras cargas solo porque tengan jorobas.

—Ah, pero una esposa no es un camello —dijo Leibel con aire sentencioso.

—Y un cortador no es un maestro sastre —replicó Sugarman.

—¡Basta, basta! —exclamó Leibel—. ¡Te digo que no la querría ni aunque viniese con todo un depósito de máquinas!

—Hay algo atrás de esto... —insistió Sugarman, poco convencido.

* Pieza de pastelería dulce, típica de la cocina judía, que fusiona una masa asquenazi con un relleno de frutas sefaradí.

Leibel negó con la cabeza.

—Nada más que la joroba —dijo, con una chispa de humor.

—Moisés Mendelssohn * era jorobado —objetó Sugarman en tono de reproche.

—Sí, ¡pero era un hereje! —replicó Leibel, que no carecía de lecturas—. ¡Y, además, era hombre! Un hombre con dos jorobas podría encontrar una esposa para cada una. Pero una mujer que tiene una joroba no puede esperar, además, tener un marido.

—Reprime las maldades de tu lengua —exclamó el *shadchan* con enojo—. Si todo el mundo hablara como tú, Lía Volcovitch jamás llegaría a casarse.

Leibel se encogió de hombros y le recordó que las jóvenes jorobadas que, además, tartamudean, son bizcas y cojean de la pierna izquierda, no suelen acabar bajo el palio nupcial.

—¡Tonterías! ¡Estupideces! —exclamó Sugarman fuera de sí—. Es porque no vienen a verme a mí…

—Lía Volcovitch sí ha venido a ti —retrucó Leibel—, pero no vendrá a mí.

Y se levantó, con intención de marcharse.

Sugarman soltó al instante un suspiro de resignación.

* Moisés Mendelssohn (1729-1786), filósofo alemán defensor de los derechos civiles de los judíos y de su inserción en la sociedad gentil. Promotor de la ilustración, preparó y anotó una traducción de la Torá al alemán, por lo que los rabinos lo acusaron de hereje.

—Pues bien, sea —aceptó—. Tendré que buscarte otra; eso es todo.

—No, no quiero ninguna —se apresuró a decir Leibel.

Sugarman dejó de comer.

—¿Cómo que no quieres? —exclamó—. Pero ¿no viniste a buscar una?

—Yo... yo... ya lo sé —balbuceó Leibel—. Pero he... he cambiado de opinión.

—¡Hace falta la paciencia de Hillel * para tratar contigo! —exclamó Sugarman—. Pero de todos modos habrás de pagarme por las molestias que me he tomado. ¡No puedes cancelar un encargo así a mitad de camino! ¡No, no! Puedes jugar a tu antojo con Lía Volcovitch, pero de mí no te burlas.

—Pero ¿y si no quiero a ninguna? —insistió Leibel con hosquedad.

Sugarman lo observó con una mirada astuta y suspicaz.

—Ya dije yo que había algo atrás de esto.

Leibel se sintió culpable.

—Pero, ¿en quién estás pensando? —preguntó cautelosamente.

—Quizás eres tú el que está pensando en alguien… —respondió Sugarman con inocencia.

* Líder espiritual judío de fines de la era precristiana, intérprete de la Torá, líder de la secta de los fariseos y miembro del Sanedrín. Algunos ven puntos de contacto entre sus enseñanzas y el magisterio de Jesús.

Leibel fingió reflexionar largamente:

—Hmmm… Me pregunto si Rosa Green… en mi trabajo… —dijo, y se interrumpió.

—Me temo que no —dijo Sugarman—. La tengo en mi lista. Su padre me la confió hace unos meses, pero es un hombre difícil de complacer. Incluso la joven, al ser bonita, no es fácil de contentar.

—Tal vez estaba esperando a alguien… —insinuó Leibel.

Había en aquella observación cierto matiz de triunfo, que no escapó al oído sutil de Sugarman.

—¡Le has preguntado tú mismo! —exclamó en tono escandalizado.

—¿Y qué si lo he hecho? —desafió Leibel.

—¡Me has engañado! ¡Y también Elifaz Green: siempre supe que era un tramposo! ¡Ambos me han estafado!

—No fue mi intención —repuso Leibel, con amabilidad.

—¡Claro que fue tu intención! No tenías derecho a tomar el asunto por tu cuenta. ¿Con qué derecho le propusiste matrimonio a Rosa Green?

—¡No lo hice! —exclamó vivamente Leibel.

—¡Entonces le preguntaste a su padre!

—No; todavía no le he preguntado a su padre.

—¿Y cómo sabes, entonces, que ella aceptará casarse contigo?

—Yo... yo lo sé —balbuceó Leibel, sintiéndose, en cierto modo, tanto un mentiroso como un ladrón. Tenía la cabeza hecha un lío; no lograba recordar cómo había sucedido todo. Desde luego, él no le había propuesto matrimonio; y tampoco podía decir que ella lo hubiera hecho.

—Sabes que ella te aceptará —repitió Sugarman, pensativo—. ¿Y ella lo sabe?

—Sí. De hecho —soltó de repente—, lo acordamos entre los dos.

—¡Ah! Así que ambos lo saben. ¿Y su padre también lo sabe?

—Todavía no.

—¡Ah, bueno! Entonces tengo que obtener su consentimiento — declaró Sugarman con decisión.

—Pero es que yo... yo había pensado hablar con él personalmente.

—¡¿Personalmente?! —gritó Sugarman, escandalizado—. ¿Acaso no estás bien de la cabeza? ¡Eso sería aún peor que el error que ya has cometido!

—¿Qué error? —preguntó Leibel, acalorándose.

—El error de habérselo propuesto a la joven en persona. Cuando discutas con ella después de casados, siempre te echará en cara que fuiste tú quien quiso casarse con ella. Además, si le dices a una joven que la amas, su padre pensará que estás obligado a casarte con ella sin más. En fin, lo hecho, hecho está —dijo, suspirando con pesar.

—¿Y qué más puedo desear? ¡La amo!

—¡Pedazo de alcornoque! —exclamó Sugarman con desprecio—. El amor no hace funcionar las máquinas, y mucho menos sirve para comprarlas. Necesitas una dote. Su padre tiene una buena fortuna guardada; bien puede costearla.

A Leibel se le iluminaron los ojos. Al fin y al cabo, no había ninguna razón por la que no pudiera tener algo de pan y queso junto con los besos.

—Ahora bien —continuó el *shadchan*—, si fueras tú a hablar con su padre, lo más probable es que ni siquiera te entregara a su hija, por no hablar de la dote. Al fin y al cabo, es una gran osadía de tu parte aspirar a tanto. Como me dijiste desde el principio, no has ahorrado ni un céntimo. Ni siquiera podrás pagar mi comisión hasta que recibas la dote. Pero si voy yo, no pierdo la esperanza de conseguir una suma considerable... sin olvidar a la hija, por supuesto.

—Sí, creo que será mejor que vayas tú —se entusiasmó Leibel.

—Pero si hago esto por ti, querré una libra más —añadió Sugarman.

—¡¿Una libra más?! —exclamó consternado el muchacho—. ¿Por qué?

—Porque la joroba de Rosa Green es de oro —respondió Sugarman con aire oracular—. Además, es una joven hermosa, y muchos hombres la desean.

—Pero usted ya cobra el cinco por ciento de la dote.

—Que será menor que la de Volcovitch —explicó Sugarman—. Además, no olvides que Green tiene otras hijas, y no tan hermosas.

—Sí; pero, por otra parte, el asunto se resuelve con mayor facilidad. Digamos, cinco chelines.

—Elifaz Green es un hombre difícil de convencer —respondió el *shadchan*.

—¡Diez chelines es lo máximo que pienso dar!

—Doce chelines y seis peniques es lo mínimo que puedo aceptar. Elifaz Green es terrible para el regateo.

Partieron la diferencia y convinieron que once chelines y tres peniques representaban la magnitud en la que la tacañería de Elifaz Green superaba a la de Volcovitch.

* * *

Al día siguiente, Sugarman irrumpió en el taller de los Green. Rosa se inclinó sobre su costura, con el corazón palpitándole con fuerza. Leibel ya le había explicado, con el debido detalle, la estrategia indirecta que habría de seguir para conquistarla, y ella había aceptado participar en aquella comedia. Al menos, eso le ahorraría el trabajo de tener que lidiar con su padre.

Sugarman entró de forma brusca y jadeando, desbordante de una entusiasta emoción. Su pañuelo azul colgaba, agitándose, de la parte trasera de su levita.

—¡Por fin! —exclamó, dirigiéndose al pequeño sastre de cabellos blancos—. ¡Tengo justo al hombre que buscas!

—Ajá —gruñó Elifaz, imperturbable. Aquel monosílabo estaba cargado de intención; quería decir: «¿De verdad tienes la desfachatez de volver a presentarme a otro "hombre ideal"?».

—Reúne todas las cualidades que pretendes —comenzó a decir el *shadchan*, con un tono que rechazaba las implicaciones de aquel monosílabo—. Es joven, fuerte, temeroso de Dios...

—¿Tiene dinero? —interrumpió Elifaz con brusquedad.

—Tendrá dinero —respondió Sugarman sin titubear— en cuanto se case.

—¡Ah! —La voz del padre se suavizó, y su pie quedó inerte sobre el pedal. Él mismo manejaba una de las máquinas, pagándose su propio salario para quedarse con el beneficio—. ¿Y cuánto tendrá?

—Creo que tendrá cincuenta libras; y lo mínimo que puedes hacer es poner otras cincuenta —respondió Sugarman, manteniendo esa misma y alegre ambigüedad.

Elifaz negó con la cabeza, por pura cuestión de principios.

—Ya verás que sí —insistió Sugarman—, cuando descubras de qué hombre excepcional se trata.

El rubor de confusión y nerviosismo que ya asomaba en el rostro de Leibel se transformó en un son-

rojo de modestia; y es que, detenida la máquina del sastre, no pudo evitar escuchar toda la conversación.

—Habla, entonces —respondió Elifaz.

—Dime tú primero, ¿estarías dispuesto a dar cincuenta libras a un joven sano, trabajador y temeroso de Dios, que tiene la intención de establecerse por su cuenta como maestro sastre? ¡Y ya sabes lo rentable que resulta eso!

—A un hombre así —dijo Elifaz, en un arranque de entusiasmo—, ¡le daría hasta veintisiete libras y diez chelines!

Sugarman gimió para sus adentros, pero el corazón de Leibel dio un vuelco de alegría. ¡Conseguir el equivalente a cuatro meses de salario de una sola vez! Con veintisiete libras y diez chelines, bien podría adquirir varias máquinas, sobre todo mediante un sistema de pago a plazos. De reojo, lanzó una mirada hacia Rosa, que se encontraba lo suficientemente lejos como para no oír nada.

—A menos que puedas prometer treinta, es una pérdida de tiempo siquiera mencionar su nombre —sentenció Sugarman.

—Bueno, bueno... ¿de quién se trata?

Sugarman se inclinó y, bajando la voz, susurró al oído del padre.

—¿Quién? ¿Leibel? —exclamó Elifaz, indignado.

—¡Chist! —intervino Sugarman—. Si te oye expresar tanta alegría, pedirá más. Ya de por sí tiene el ego bastante subido.

—P-p-pero... —balbuceó el desconcertado padre—, ¡si a Leibel lo conozco! Lo veo todos los días. ¡No necesito un *shadchan* para que me presente a alguien a quien ya conozco; un simple operario de mi propio taller!

—Eso que dices no tiene ni pie ni cabeza —respondió Sugarman con severidad—. Precisamente a las personas que vemos a diario es a quienes menos conocemos. Te aseguro que, si no te lo hubiera sugerido yo, jamás se te habría pasado por la cabeza que Leibel pudiera ser tu yerno. ¡Vamos, admítelo!

Elifaz emitió un vago gruñido, y el *shadchan* continuó triunfante:

—Ya me lo imaginaba. Y, sin embargo, ¿dónde podrías encontrar a alguien mejor para cuidar de tu hija?

—Con ella sola debería darse por satisfecho —refunfuñó el padre.

Al notar que su interlocutor empezaba a ceder, Sugarman arremetió con todas sus fuerzas.

—Está por verse si la aceptará. Todavía no he hablado con él al respecto; esperaba tu aprobación para la idea.

Leibel admiró la precisión verbal de estas afirmaciones, que acababa de captar al pasar.

—Pero yo no sabía que él tuviera dinero —murmuró Elifaz.

—Por supuesto que no lo sabías. Para eso está el *shadchan*: para señalarte las cosas que tienes delante de tus propias narices.

—¿Pero de dónde va a sacar ese dinero?

—De ti —respondió Sugarman con franqueza.

—¿De mí?

—¿De quién si no? ¿Acaso no eres su empleador? Es una suma que ha ido reservando para el día de su boda.

—¿La ha ahorrado él?

—*No la gastó* —respondió Sugarman, perdiendo la paciencia.

—¿Quieres decir que ha ahorrado cincuenta libras?

—Si hubiese sido capaz de ahorrar cincuenta libras del salario que le pagas, ¡ese hombre sería un verdadero tesoro! —exclamó Sugarman—. Quizás sean treinta.

—Pero dijiste cincuenta.

—Bueno, tú has bajado a treinta —replicó el *shadchan*—. No pretenderás que él tenga más de lo que aporta tu hija.

—Yo nunca dije treinta —le recordó Elifaz—. Mi última oferta fue de veintisiete libras con diez chelines.

—Muy bien; eso servirá como base para las negociaciones —se resignó Sugarman—. Hablaré con él esta misma tarde. Si fuera a verlo ahora, notaría que estás ansioso y subiría sus exigencias; eso no puede ser. Por cierto, supongo que no te importará

darme una libra más por haberte conseguido un yerno tan ahorrativo, ¿verdad?

—Ni un penique más.

—No te preocupes —le dijo Sugarman con resentimiento—. Dudo mucho que logre convencerlo de aceptar a un suegro tan ahorrativo. Así que no pierdes nada con prometerlo.

—Que así sea —se resignó Elifaz con un gesto de cansancio, y puso en marcha nuevamente su máquina.

—Veintisiete libras con diez, no lo olvides —dijo Sugarman, por encima del zumbido.

Elifaz asintió con la cabeza, y aceleró el movimiento de la rueda.

—Pagadas antes de la boda, ¿eh?

La máquina no alteró su marcha.

—Antes de la boda, ¿eh? —repitió Sugarman—. Antes de que estemos bajo el palio.

—¡Vete ya, vete ya! —gruñó Elifaz, con un gesto de impaciencia—. Todo saldrá bien.

Y su cabeza de cabellos blancos permaneció inclinada, inmóvil, sobre su trabajo

* * *

Esa noche, Rosa logró sonsacar a su padre el motivo de la visita de Sugarman, y le confesó que la idea le agradaba.

—Pero ¿crees que querrá casarse conmigo, papito? —preguntó, con una mirada llena de zalamería.

—Cualquiera querría casarse con mi Rosa.

—Ah, pero Leibel es distinto. Lleva tantos años sentado a mi lado sin decir nada...

—Tenía que pensar en su trabajo; es un joven bueno y ahorrativo.

—Justo en este momento, Sugarman debe estar intentando convencerlo, ¿verdad? Supongo que pedirá mucho dinero.

—Tranquila, hija mía —dijo él, mientras pasaba su mano descolorida por el cabello de la joven.

* * *

Sugarman se presentó al día siguiente e informó que Leibel no aceptaría menos de treinta libras. Elifaz, cansado de la disputa, llamó a Leibel —hasta ese momento absorto en sus científicos trazos con tiza— y le habló del asunto por primera vez.

—No soy hombre de regateos —dijo Elifaz, y estrechó la mano del joven. De algún lugar surgió una botella de ron, el trabajo se interrumpió durante cinco minutos y todos los obreros bebieron entre muestras de sorpresa y entusiasmo. Las visitas de Sugarman los habían preparado para felicitar a Rosa, pero lo de Leibel fue toda una sorpresa.

* * *

El compromiso formal estuvo marcado por celebraciones aún más fastuosas, hasta que finalmente

llegó el día de la boda. Leibel lucía espléndido con una levita de corte diagonal, confeccionada por él mismo; Rosa bajó del coche de caballos, una visión compuesta de flores, belleza y seda blanca, seguida por sus dos damas de honor —sus hermanas—, un trío que embelleció la acera, repleta de curiosos, frente a la sinagoga. Elifaz parecía casi alto con su sombrero de copa reluciente y su pechera con volantes. Sugarman llegó a pie, llevando al pequeño Ebenezer —con sus calcetines rojos— bajo el brazo.

Leibel y Rosa no eran la única pareja que iba a casarse aquel día, pues era el trigésimo tercer día del Omer, * una fecha muy propicia para los matrimonios.

Pero, al fin, llegó su turno. Sin embargo, no aparecieron cuando les correspondía, y sus amigos más cercanos entre los presentes se preguntaban por qué habían perdido su lugar. Tras la celebración de varios matrimonios posteriores, empezó a circular un rumor. El murmullo de que había surgido algún contratiempo cobró fuerza, causando un gran revuelo. Y es que, en efecto, no se puede recoger una rosa sin clavarse una espina.

Poco a poco salieron a la luz los detalles, y un zumbido de conversaciones y comentarios recorrió la sinagoga, donde todos esperaban. ¡Elifaz no había pagado!

* Nombre que se da a los 49 días, siete semanas, que median entre dos festividades religiosas judías: Pésaj y Shavuot.

En un primer momento, aseguró que entregaría el dinero inmediatamente después de la ceremonia. Pero Sugarman, precavido y curtido por la experiencia, exigió el pago al instante en nombre de su otro cliente. Apresurado por las circunstancias, Elifaz sacó diez soberanos del bolsillo de sus pantalones y los ofreció a cuenta. Sugarman los rechazó con desdén, y las negociaciones quedaron interrumpidas.

El grupo del novio se había instalado en una habitación, y el de la novia en otra; tras una espera penosa, Elifaz envió a un emisario para comunicar que estaba dispuesto a entregar la mitad de la suma acordada: cinco libras adicionales a su primera oferta, presentadas en un reluciente billete nuevo del Banco de Inglaterra. Leibel, instruido y alentado por Sugarman, se mantuvo firme.

Entonces estalló un alboroto de voces, un caos de sugerencias; los amigos iban y venían de un bando a otro, mientras algunos abandonaban sus asientos en la sinagoga para sumarse a la confusión. Pero Elifaz se mantuvo inamovible: no le quedaba más dinero en efectivo. Mañana, o al día siguiente, dispondría de más.

Leibel, pálido y obstinado, se aferraba con más fuerza a aquellas máquinas que, a cada instante, sentía que se le escapaban de las manos. Esa mañana aún no había visto a su novia, por lo que su rostro se le antojaba algo difuso, casi irreal, frente a la tangible presencia de las máquinas.

La mayoría de las otras jóvenes ya se habían casado, y la situación se volvía desesperada. Del bando femenino llegaban noticias alarmantes: las damas de honor sufrían ataques de histeria, y la novia, presa de la vergüenza y la humillación, había destrozado su corona de azahares.

Elifaz hizo llegar el mensaje de que ofrecería un pagaré por el resto de la suma, insistiendo en que, realmente, no podía reunir más dinero en efectivo. Sugarman indicó al emisario que sugiriera a Elifaz que consiguiera el dinero entre sus amigos.

Y el breve día primaveral se esfumó. En vano, el oficiante —al tanto del bloqueo— alargó las fórmulas para las otras parejas, impartiendo su bendición con una unción más sosegada. Era imposible posponer indefinidamente el asunto de Leibel y Green; al final, Rosa quedó como la única soltera con corona de azahares en la sinagoga. Se hizo entonces un silencio de solemne expectación, que poco a poco fue transformándose en un murmullo constante de voces, a medida que pasaban los minutos y la última pareja de novios seguía sin aparecer. Las últimas noticias indicaban que la novia se había desmayado.

La tarde caía rápidamente. El oficiante abandonó su puesto junto al palio —bajo el cual tantas vidas se habían unido— y se acercó para intentar, con su presencia, mediar en el conflicto. Pero no tuvo más éxito que los demás. Indignado ante la obstinación de ambas partes, declaró que cerraría la sinagoga: dio a la pareja diez minutos para casarse o

marcharse. Se desató entonces el caos, un pandemónium, una babel frenética de sugerencias y exhortaciones por parte de la concurrencia. Transcurridos cinco minutos, un emisario de Elifaz anunció que su bando había logrado reunir veinte libras, y que esa era su oferta definitiva.

Leibel vaciló; el combate de todo el día le había pasado factura, y las noticias sobre el estado de la novia lo habían debilitado. Incluso Sugarman había perdido su absoluta seguridad en la victoria. Bastaban unos minutos más para que ambas comisiones se le escaparan de las manos; una vez que las partes abandonaran la sinagoga, no sería fácil lograr que volvieran otro día. Aun así, siguió animando a su cliente: siempre se podía ceder en el décimo minuto.

Al llegar al octavo minuto, el murmullo de la multitud se interrumpió de pronto, transformándose —por así decirlo— en un tono distinto. Un rumor de expectación recorrió la asamblea, ese tipo de murmullo que surge cuando la gente percibe que, por fin, se acerca el cortejo. Por una especie de magnetismo misterioso, todos comprendieron que la novia —la pobre novia, presa de la histeria— había abandonado el bando de su familia y venía en persona a suplicarle a su amante, movido por el interés, que cambiara de parecer.

Y, al aparecer ante la mirada de Leibel el esplendor de ella, junto con las flores y los blancos ropajes, su corazón se derritió en adoración; supo que su fortaleza se desmoronaría hasta quedar en ruinas ante

su primera mirada, ante su primer contacto. ¿Era aquello una lucha justa?

A medida que su visión turbada se aclaraba y la novia se acercaba, observó, asombrado, que ella lucía impecable y serena: ni rastro de lágrimas empañaba la hermosura de su rostro, ni había desorden alguno en su corona nupcial.

El reloj marcaba el noveno minuto.

Ella posó su mano sobre el brazo de él, con un gesto suplicante, mientras una luz celestial iluminaba su rostro: la misma expresión de una Juana de Arco infundiendo ánimo a su patria.

—No cedas, Leibel —le dijo—. ¡No me aceptes! No dejes que te convenzan. ¡Por mi vida, no debes hacerlo! ¡Vuelve a casa!

* * *

Y así fue cómo, en el undécimo minuto, el derrotado Elifaz presentó la cantidad requerida, y todos vivieron felices para siempre.



—¡Por mi vida, no debes hacerlo!

(Ilustración de A. J. Finberg para la edición original.)

Rosa del gueto

por

Israel Zangwill

Título original

A Rose of the Ghetto

Incluido en la colección *The King of Schnorrers*

Londres, McMillan, 1893

Traducción, notas y edición digital

© In Octavo, 2026